

MOMENTOS DEL VINO



MNBA
MUSEO
NACIONAL
DE BELLAS
ARTES

AM
KILLKA
ESP. D. SALENTEIN

MOMENTOS DEL VINO



Colección Museo Nacional de Bellas Artes

9 de julio al 5 de octubre de 2008

Killka Espacio Salentein

Valle de Uco, Mendoza
Argentina

Autoridades Nacionales

Presidenta de la Nación Argentina:
Cristina Fernández

Vicepresidente de la Nación:
Julio César Cobos

Secretario de Cultura de la Nación:
José Nun

Subsecretario de Cultura de la Nación:
Pablo Wisznia

Museo Nacional de Bellas Artes

Director Ejecutivo:
Guillermo Alonso

Consejo Consultivo:
*Sergio Alberto Baur, Silvia Marta Fajre,
Martín Redrado, Adriana Rosenberg,
Hugo Sigman, Nelly Arrieta de Blaquier,
María de las Nieves Arias Incollá*

Directora Artística:
María José Herrera

Bodegas Salentein

Gerente General:
Rafael Calderón

Museo Killka

Curadora:
Julieta Gargiulo

MNBA
MUSEO
NACIONAL
DE BELLAS
ARTES



El Museo Nacional de Bellas Artes contribuye prestando obras de su colección a la interesante actividad cultural que desarrolla Killka Espacio Salentein, en el Valle de Uco, en la provincia de Mendoza, en beneficio de la comunidad toda.

Estas actividades de colaboración interinstitucional nos permiten la difusión de obras del patrimonio del museo, la indagación de las mismas, los autores y la temática, y la elaboración del material estudiado que da forma al catálogo que presentamos.

Y finalmente es un camino de ida y vuelta que aspiramos recorrer con frecuencia con instituciones del país y el exterior.

Dr. Guillermo Alonso

Director Ejecutivo
Museo Nacional de Bellas Artes

Declarado de interés cultural según resolución N° 595/08
de la Secretaría de Cultura de la Provincia de Mendoza.

Declarado de interés turístico según la resolución
N° 216/08 de la Secretaría de Turismo de la Provincia
de Mendoza.

Declarado de interés según la resolución N° 333/08
por la Honorable Cámara de Diputados de la Provincia
de Mendoza.

Declarado de interés cultural por la Academia Argentina
de la Vid y del Vino.

Declarada de interés por la Asociación Argentina de
Críticos de Arte (AACA y AICA).



GOBIERNO DE MENDOZA

SECRETARIA DE
TURISMO
GOBIERNO DE MENDOZA



ACADEMIA ARGENTINA
DE LA VID Y DEL VINO



Asociación Argentina
de Críticos de Arte



Sección Argentina de la
Asociación Internacional
de Críticos de Arte

Killka, el museo de Bodegas Salentein, quiere agradecer al Museo Nacional de Bellas Artes el haber compartido obras patrimoniales de su prestigiosa colección para realizar conjuntamente la muestra *Momentos del Vino* a través de la cual, y en concordancia con su filosofía empresarial, Salentein apoya el desarrollo cultural de la región, buscando inspirar un diálogo interdisciplinario que produzca un enriquecimiento en su ámbito social.

Rafael Calderón
Gerente General
Bodegas Salentein

MOMENTOS DEL VINO

Exposición

Coordinación general y diseño museográfico:
Julietta Gargiulo

Curaduría:
María José Herrera

Investigación:
María Florencia Galesio / Paola Melgarejo

Coordinación museológica:
María Inés Stefanolo, Candela Gómez

Área de documentación:
Paula Casajús
Lucía Acosta, Daniela Haspert, Walter Pirola, Cecilia García

Área de conservación:
Raúl Alesón
Silvia Rivara, Mercedes de las Carreras, Natalia Novaro,
Jimena Velasco, Bibiana D'Osvaldo

Asistentes museográficos Museo Killka:
Valeria Señorans, Rebeca Sarellí, Anabel Simionato,
Enrique Testasecca

Catálogo

Coordinación editorial:
María José Herrera

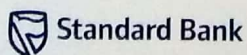
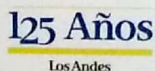
Investigación y textos:
María Florencia Galesio / Paola Melgarejo

Corrección:
Alicia Di Stasio, Mario Valledor

Diseño gráfico:
Estudio Marius Riveiro Villar

Fotografía:
Horacio Mosquera, Lucila Benavente,
Miguel Bustos, Matías Iesari

Patrocinantes



Al presentar el complejo y fascinante mundo de la vitivinicultura recorreremos nuestra herencia colectiva, rica e irrenunciable en sus múltiples manifestaciones tangibles e intangibles. Es así como, en una conceptualización actual que une las fragmentaciones y los trazos de la memoria, se nos presenta con una mirada nueva lo que hoy llamamos el paisaje o la cultura del vino.

Y es allí donde coexiste y armoniza un universo vasto, donde, unidos a las características del suelo, a las condiciones climatológicas, al cultivo de las vides y a las especificaciones en la elaboración de sus frutos, conviven mitos, leyendas, conocimientos y costumbres que anotan y perpetúan la experiencia y la expresión de nuestro acervo cultural, en el que también está incluido el mundo simbólico que lo representa.

Momentos del vino, con sus representaciones, nos remite a un espacio temporal –a fines del siglo XIX y principios del XX– en el que la llegada de la inmigración y el gran desarrollo de la vitivinicultura mendocina amalgaman una cultura enraizada con la tierra.

Su visión despierta en la memoria recuerdos ancestrales, unidos a las imágenes que, en su conjunto, reaparecen cargadas de reminiscencias e identidades. Recorramos las obras de estos maestros, bodegones, paisajes y escenas vendimiales. Un hilo conductor nos lleva a través de los territorios emblemáticos del vino, donde la elección de la paleta de colores y las técnicas pictóricas responden a escuelas nacionales y a estilos que definen identidades lugareñas. Así es como España marca su impronta: con los personajes de la tierra castellana de Zuloaga y Benito Vives, o los patios sevillanos de intensa luz andaluza de Clemente Pérez, o los bebedores –quizás de los vinos de Ribera del Duero– de Ribera i Cirera y la figura nostálgica de Pereda Gil Machon.

Y en nuestro rumbo no podemos dejar de reconocer a la alta Italia; Luigi Nono en la región emblemática y rectora del Véneto, autor de una obra característica como pintura no sólo de paisaje sino de costumbres, cosechas y poblados, donde toman preponderancia los habitantes y el territorio.

Llegamos así a los viñedos del Rin, con la obra emblemática de Max Slevogt y su *Vendimia*, en la que captura el paisaje de su tierra y la atmósfera de un espacio singular.

Y en este viaje ideal nos esperan *Fin de fiesta* y *La Rioja* y *Catamarca*, de Gramajo Gutiérrez, y sus vendimias riojanas, las que con su paleta vibrante invitan a compartir la expresión colorida de un pueblo agradecido, bajo un sol ardiente en los días de la cosecha.

La maravillosa colección de bodegones, en los que pinceles europeos y argentinos se conjugan en profusión de bebidas y de frutos, hace que esta muestra, más allá de sus valores intrínsecos, sea un canto donde conviven la alegría y el placer de los sentidos en el disfrute sensual del vino, el que no marca diferencias esenciales en las antiguas castas sociales, como lo demuestran los dos cuadros que cierran esta muestra. Aquí se encuentran dos versiones de un mismo rito: una elegante degustación en un salón de Saboya, pintada por Francesco Mosso, y un festivo encuentro de campesinos recibiendo “la buena nueva” a la manera de la tradición flamenca, de un autor anónimo.

Gracias a esta feliz realización, cristalizada a partir de la generosidad del Museo Nacional de Bellas Artes y de las gestiones de sus directivos, el doctor Guillermo Alonso y la licenciada María José Herrera, y al apoyo permanente e incondicional del doctor Américo Castilla, hoy podemos brindar a Mendoza y a sus visitantes una mirada distinta de este fascinante mundo del vino.

Julieta Gargiulo

MOMENTOS DEL VINO

PINTURA EUROPEA Y ARGENTINA
EN LAS COLECCIONES DEL MUSEO
NACIONAL DE BELLAS ARTES

María José Herrera

Desde tiempos inmemoriales las vides acompañan al hombre y requieren incontables desvelos para aprovechar el beneficio de sus frutos. Una refinada y compleja cultura agrícola creció en torno a las ramas retorcidas cargadas de pesados racimos; así las uvas, sometidas a ancestrales alquimias, dieron el vino, la bebida que despierta todos los sentidos y libera al hombre de sus pesares cotidianos. Para los antiguos griegos Dionisos –o Baco–, el dios de la vegetación y del vino, encarnaba este espíritu de embriaguez, falta de límites y exceso, propios del fluir vital. A la fuerza incontenible de Diónisos se le oponía la acción reguladora, proporcionada y formativa del armónico Apolo; como Friederich Nietzsche analizó, la vida toda se debate entre los principios opuestos de lo apolíneo y lo dionisiaco, así, el arte no hará sino reflejar los distintos estados de la lucha entre dichos opuestos: la voluntad y el equilibrio de la razón individual versus el ensueño despreocupado de la fiesta colectiva.

Ricos y pobres, virtuosos y holgazanes, todos participan de la fiesta que premia el trabajo en los surcos, la vendimia, que es un tema recurrente del costumbrismo europeo, que acoge diversas simbolizaciones, entre ellas la del comienzo del otoño.

La exposición *Momentos del vino* reúne diecinueve obras de las colecciones del Museo Nacional de Bellas Artes, abarcan desde fines del siglo XIX hasta mediados del XX, a excepción de una pintura anónima del siglo XVIII.

La sección *Los trabajos y los días* muestra escenas de vendimias y tareas cotidianas donde las vides o el vino acompañan a los hombres. La solitaria y melancólica joven de la terraza de Federico Pereda Gil Machon contrapone una escena burguesa a los esforzados labriegos de la *Vuelta de la vendimia*, de Ignacio de Zuloaga. Con un realismo que se inspira en la pintura del siglo XVII, el maestro vasco describe una escena en la que el costumbrismo se combina con las referencias mitológicas. Junto a los hombres corrientes que llegan de la dura faena, uno de ellos, el joven sonriente, exhibe una sensualidad semejante a la del dios del vino en el célebre óleo *El triunfo de Baco*, de Diego Velázquez. Obra fundamental de nuestra colección, *Vuelta de la vendimia* formó parte de la Exposición Inter-

nacional de Arte del Centenario de la Revolución en 1910, donde se evidenció la alta consideración e influencia que tuvo el arte español en aquellos años. Zuloaga fue merecedor del premio de honor de la sección española y uno de los artistas más admirado por los críticos; dos de sus obras expuestas ingresaron en la colección del MNBA: *Las brujas de San Millán* y *Vuelta de la vendimia*. Pintor vasco de hondo realismo en la tradición de la "España negra", al momento de inaugurarse la muestra llegó la noticia inexacta de su muerte, que desató la rápida venta de cuatro de sus cuadros en exhibición.

También español, Romà Ribera i Cirera, en *Personas bebiendo*, representa otro momento del vino: los exhaustos viajeros degustando el reparador elixir. En tanto, en *Bebedor*, el valenciano Manuel Benedito Vives muestra con diestro realismo los placeres populares con un jocoso borrachín que levanta su copa para brindar con el espectador.

Una vendimia moderna, plena de aire libre y con cierto tono épico es la pintura de Max Slevogt, maestro del impresionismo alemán. Una joven mujer, en aumentado primer plano, yergue sobre su cabeza –cual Baco triunfante– el producto de la vendimia. Envuelta en olas de luminosa actividad, exhibe las uvas, frutos del sol y de la atmósfera diáfana donde prosperan las vides.

La vid es una presencia cotidiana en la vida campestre y su economía doméstica. Bajo la parra merodean las gallinas, en *Un rincón de Sevilla*, de Salvador Clemente, mientras que, en *I recini da festa*, de Luigi Nono, recostada sobre las viñas, en una aldea italiana, una criada engalana a la joven que se dirige a la fiesta. A modo de pendiente, le inserta un zarcillo de parra en la oreja.

¿Cómo festejar una buena noticia sino con un brindis? La obra del seguidor de Teniers (fines del siglo XVIII) muestra una escena de campesinos disfrutando de un ritual del vino: ofrecerlo en brindis.

También en el ámbito argentino la cultura del vino tiene un importante lugar. La obra de Gramajo Gutiérrez, *La Rioja y Catamarca*, señala a la producción vinícola como uno de los rasgos salientes de la identidad local de esas provincias. El orgullo por la tierra y sus frutos, la fiesta como momento de identidad colectiva se representan en

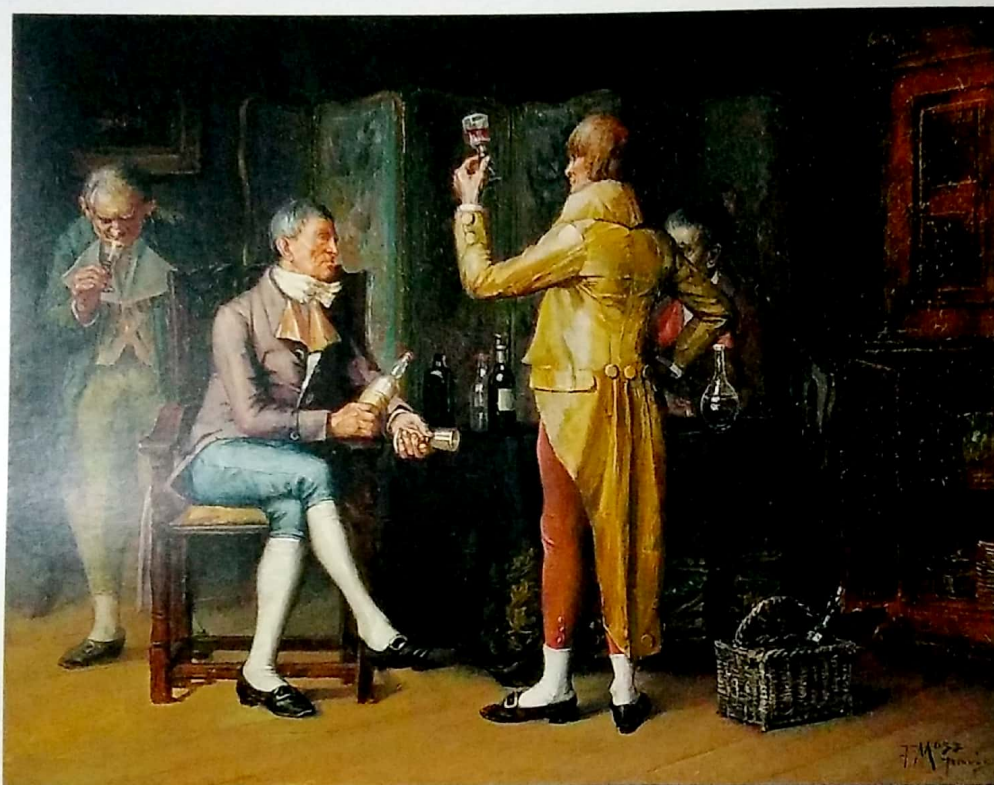
esta obra que expresa el gusto popular por lo decorativo. En esta pintura, de 1924, los tallos sinuosos de las vides son también los elegantes arabescos del *art déco*.

La sección *Los frutos de la tierra* presenta las uvas y el vino en el entorno de naturalezas muertas y bodegones. Para el francés Charles Rapp, en la austeridad cotidiana del alimento, el pan y el vino; y, en las antípodas, el pintor argentino Rodríguez Etchart, formado en Francia, exhibe el refinamiento finisecular de los objetos ligados al ritual de beber: cristales, brillos y texturas aterciopeladas sugieren la exaltación de los sabores que produce el vino.

Naturaleza muerta, de Epaminondas Chiama, simboliza en los racimos de uvas y las jugosas granadas una oda a la abundancia vegetal. Tanto en la obra de Nembrini Gonzaga como en la de Horacio Butler, la botella de vino no puede faltar en un registro intimista de lo cotidiano, el bodegón. La botella cubierta de mimbre del característico *chianti*, de Juan Del Prete, muestra la riqueza vitivinícola regional europea en nuestro medio y sus modos de identificación.

Como señaló el filósofo alemán Georg Gadamer: "...existe una experiencia del tiempo del todo diferente, y que me parece ser profundamente afin tanto a la fiesta como al arte. Frente al tiempo vacío, que debe ser 'llenado', yo lo llamaría [al del arte] tiempo lleno, o también tiempo propio. Todo el mundo sabe que cuando hay fiesta, ese momento, ese rato, está lleno de ella [...] el tiempo se ha vuelto festivo".

La presencia del vino es insoslayable en las celebraciones. No hay fiestas sin brindis. No hay brindis sin vino. No hay vino sin el arte ancestral que le da origen. El arte y el vino comparten la cualidad de exaltar nuestros sentidos; ambos implican experiencias muy antiguas que los hombres renuevan y resignifican día a día.



FRANCESCO MOSSO

La cata de vinos. Óleo sobre tabla, 24,5 x 32,7 cm

Colección Killka

En este interior dieciochesco, y con un tratamiento preciosista de la imagen, Francesco Mosso se detuvo en la descripción de las cuatro fases de una sesión de cata de vinos. Cada personaje experimenta una fase, que despierta y evoca múltiples sensaciones. El que está de pie en el centro levanta la copa y observa detenidamente el líquido a través del cristal, analiza el color, su aspecto y su brillo. La intensidad del color está relacionada con la variedad de uva utilizada en la producción del vino. Representa la fase visual: "... color cereza, limpio y con ribetes violáceos".

En la fase olfativa, representada por el personaje de pie a la izquierda, se aprecian los aromas y su fuerza. Aquellos provenientes de la fruta, los taninos de la uva; los que provienen del tratamiento en bodega, es decir, los taninos de la madera, según sean barricas nuevas o viejas, de roble francés, y los aromas que indican la evolución del vino en la botella.

El hombre sentado en primer plano está a punto de beber una copa de vino. En la fase de boca se evalúan la sensación táctil, las texturas y los sabores: la astringencia, la acidez, los taninos de la fruta, el equilibrio de la madera y la persistencia del sabor.

En la última fase se realiza una síntesis de las anteriores y se valora la armonía del vino en su conjunto: "...vino equilibrado, elegante, con cuerpo, complejo en nariz y en boca...". El personaje sentado a la derecha de la escena estará realizando estos apuntes finales del proceso de degustación de vinos, en el que casi todos los sentidos se encuentran implicados.



ANÓNIMO (SEGUIDOR DE DAVID TENIERS, EL JOVEN)

La buena nueva. Óleo sobre tela, 39 x 50 cm

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

Teniers abordó por lo menos en cuatro oportunidades el tema de *La buena nueva*. En estas obras representó grupos de campesinos (no más de seis) bebiendo vino en el exterior de una humilde vivienda, ocupados en la lectura de una carta, con un extenso paisaje de fondo, un árbol detrás de la casa y una mujer sacando agua de un pozo. En la presente obra, realizada por un seguidor de Teniers, se ve una versión reducida de esta escena: tres campesinos y una mujer alrededor de una sencilla mesa de madera. Uno de ellos, de espaldas y sentado sobre una cubeta, levanta su vaso a modo de brindis. A su lado, otro hombre sostiene una jarra de gres, y un tercer campesino lee sonriente una carta. La mujer, en tanto, observa alegremente la escena. Como en otras pinturas del período, el artista presta atención a los detalles y al reflejo de la luz en las diferentes texturas (madera, terracota, cristal), coloreando la composición con tonos ocres y tierras. Si bien es una imitación, la presente obra es un claro ejemplo de la calidad de la pintura costumbrista flamenca.



MANUEL BENEDITO VIVES

Bebedor, 1913. Óleo sobre tela, 126 x 96,5 cm

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

En el contexto de la pintura española de fines de siglo XIX y comienzos del siglo XX, la producción de Benedito es considerada ecléctica. En su primera época, los paisajes acusan una fuerte influencia de Sorolla de la que paulatinamente se aleja. Posteriormente, en Madrid y bajo el influjo de Ignacio de Zuloaga, recorrió las provincias salmantinas y castellanas, donde los ancestrales tipos y costumbres fueron sus motivos de inspiración, es un género que, junto con el retrato y el bodegón, aborda con un lenguaje realista.

En este óleo, que muestra el interior de una taberna –o el rincón de una cocina campesina–, Benedito combina con gran maestría retrato y naturaleza muerta. Hábil dibujante, el sutil manejo de la luz, la materia y el color resalta las texturas de las vestimentas, la copa, la jarra, la tinaja y el melón maduro de pulpa jugosa, junto a los aterciopelados duraznos.

La actitud del personaje, de sonrisa amplia y con el vino tinto recién servido, que se trasluce a través de la copa, transmite el disfrute de los simples placeres cotidianos y parece compartirlos y brindar en complicidad con el espectador.



ARTURO NEMBRINI GONZAGA

Naturaleza muerta. Óleo sobre tela, 61 x 82 cm

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

El artista se destaca por dotar a sus obras de gran naturalismo, pintando los objetos a partir de un minucioso estudio de la realidad. En *Naturaleza muerta*, Nembrini distribuye distintos elementos sobre una mesa. A la derecha de la tela coloca manzanas, que proyectan sombras en un paño blanco, y, detrás, una botella de vidrio. A la izquierda ubica una canasta de mimbre, pintada con gran detalle en distintos tonos de marrones, ocre y amarillos. Por delante, un conjunto de verduras (tomates, cardos e hinojos) cierra la composición. A partir de zonas claras y oscuras, cada objeto adquiere volumen y tridimensionalidad y se destaca sobre la oscuridad de un fondo neutro. De este modo, el artista despliega su oficio en la composición, la luz y el color, logrando una gran fidelidad en la representación de los objetos.



ROMÀ RIBERA I CIRERA

Personas bebiendo. Óleo sobre tela, 54,5 x 84 cm

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

Este tipo de imagen de carácter anecdótico es habitual en la producción de Ribera. La escena parece transcurrir en el interior de una posada a la cual acaban de llegar unos músicos ambulantes –un viejo que porta una mandolina y un joven con un tambor–; allí una joven les ofrece una reparadora bebida en típicos tazones de barro. Los hombres están ataviados con chaqueta de mangas “acuchilladas” y amplios cuellos. La mujer que los recibe también viste un traje con mangas similares, y un tocado con grandes moños laterales complementa su arreglo.

La elección de la paleta de colores, la descripción de los rostros y la atmósfera del ambiente presentan un tratamiento curioso que ubica la obra entre el realismo costumbrista del siglo XVII y cierta actitud simbolista.



EPAMINONDAS CHIAMA

Naturaleza muerta, 1891. Óleo sobre tela, 75 x 108 cm

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

En esta obra de la década de 1890, nos encontramos ante un pintor de gran pericia técnica y compositiva. La opulencia de la cesta de frutas, el paño verde, los muebles de estilo y la caja de laca muestran un comedor burgués, donde una piña, uvas rojas brillantes, uvas blancas, manzanas, duraznos e higos rodeados de hojas de higuera desbordan la canasta y se distribuyen sobre una mesa de madera. En primerísimo plano, despertando la tentación del espectador, aparecen una pera, un racimo extendido más allá del borde de la mesa, una granada partida y una sandía cortada en gajos. En este conjunto, el artista apeló a un contraste de texturas y juegos de colores que evocan sensaciones variadas.



JUAN MANUEL GAVAZZO BUCHARDO

Naturaleza muerta (frutas). Óleo sobre tela, 82 x 100 cm

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

En la presente obra Gavazzo Buchardo manifiesta su temperamento y originalidad como colorista. Pinta una naturaleza muerta donde predomina una tonalidad azulada que se derrama en todos los objetos. Sobre una mesa rebatida ubica un mantel a cuadros y encima una jarra de porcelana, una canasta y diversas frutas sobre un plato (manzanas, uvas, bananas). Cada elemento está construido geométricamente a partir de contornos y formas circulares y posee profundidad y perspectiva. El artista coloca colores puros (rojos, azules, verdes) en las sombras y amarillos y naranjas en las luces. Tras la composición, equilibrada y armónica, resaltan los tonos azules, violetas y lilas, aplicados de un modo expresivo y espontáneo, característico de este artista.



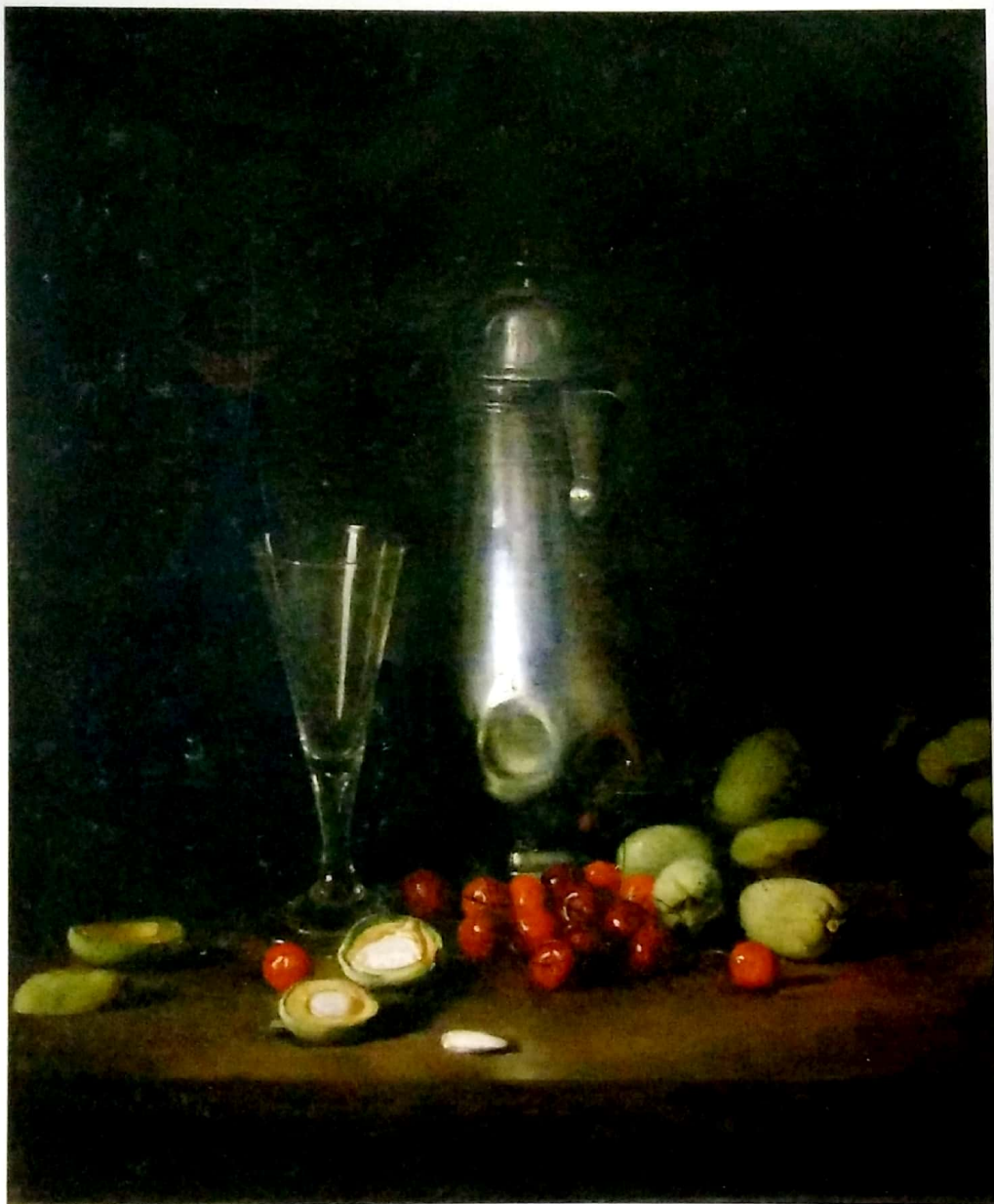
IGNACIO DE ZULOAGA

Vuelta de la vendimia, 1906. Óleo sobre tela, 200 x 188 cm
Colección Museo Nacional de Bellas Artes

En esta obra confluye la escena mitológica con la costumbrista. En el personaje de la izquierda, Zuloaga alude al trabajo de Diego Velázquez *El triunfo de Baco*, donde el artista representa al dios del vino como un joven muchacho. Asimismo, el tratamiento pictórico de la obra responde a recursos utilizados por este gran maestro del barroco español, dentro de una tendencia realista. En la *Vuelta de la vendimia*, Zuloaga abordó, en tamaño natural, los personajes populares y cotidianos, rudos y austeros. Trabajó con pinceladas sueltas de abundante materia y predominio de una paleta de colores terrosos; así obtuvo efectos de gran expresividad.

La escena se desenvuelve con el paisaje de las serranías castellanas como fondo. Tres hombres –que representan las tres edades de la vida– regresan de la vendimia; el más joven, a la izquierda, lleva una canasta con uvas rojas como rubies y sostiene una gran jarra con vino nuevo, al igual que lo hace, a la derecha, el más viejo, que carga un gran pellejo.

Esta obra participó, en 1910, en la muestra realizada en el Pabellón Argentino de la Exposición Internacional del Centenario, en Buenos Aires. Allí Zuloaga tuvo un espacio especial dedicado a exhibir sus pinturas, que tuvieron una muy buena acogida por parte del público y la crítica. Desde entonces, el cuadro, comprado por la Comisión de Bellas Artes, pasó a integrar el patrimonio del Museo Nacional de Bellas Artes.



SEVERO RODRÍGUEZ ETCHART

Naturaleza muerta. Óleo sobre tela, 55,5 x 46,5 cm

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

En esta obra, Rodríguez Etchart continúa con la suntuosidad propia del género, proveniente de la tradición plástica flamenca. En esta mesa recién servida, muestra su destreza en el manejo de los medios expresivos. Plasmó sobre la tela la sensación de realidad de los objetos representados: la transparencia del cristal, los reflejos del peltre, cerezas rojas –frutas asociadas con el Paraíso– y frutos secos. Esta elaboración, detallada y precisa, también pone en evidencia su sólida formación artística.

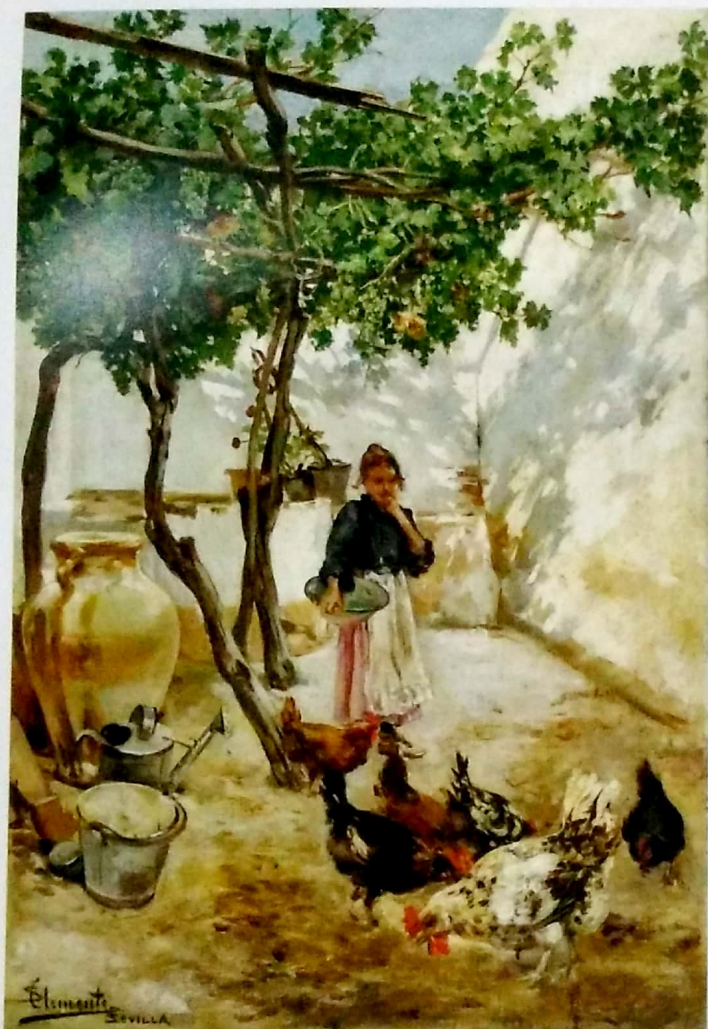


FEDERICO PEREDA GIL MACHON

En la terraza, 1885. Óleo sobre tela, 72,5 x 58,5 cm

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

Esta obra describe una característica escena burguesa de la pintura de fines de siglo XIX. Sobre el fondo de un balneario de la época, en una terraza, una misteriosa mujer aparece pensativa frente a una copa de licor espirituoso, en una imagen impregnada de sensibilidad simbolista.



SALVADOR CLEMENTE PÉREZ

Un rincón de Sevilla. Óleo sobre tela, 51 x 37 cm

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

En esta obra la luz es una preocupación evidente. La sombra coloreada proyectada a través de la parra, con sus racimos de uva todavía verdes, y la luminosidad que atraviesa su follaje generan sensación de espacialidad. De la misma manera, la figura femenina, en el centro de la composición, aparece delineada por la luz.

El artista utilizó una pincela ágil y espontánea, aplicada como mancha de color que realza los objetos: los malvones del último plano, las tinajas de terracota, el balde y la regadera de latón y las gallinas, en el primer plano. De esta forma, otorgó vibración a la superficie pictórica y creó sensación de aire libre.

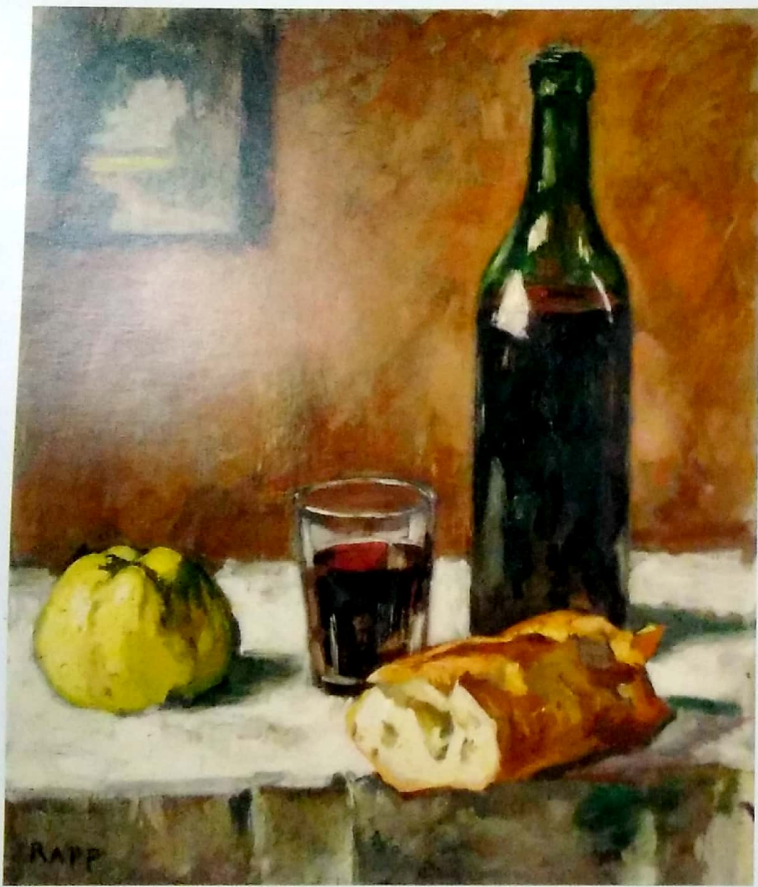


LUIGI NONO

I recini da festa (Los zarcillos de la fiesta), 1887. Óleo sobre tela, 96,5 x 168 cm
Colección Museo Nacional de Bellas Artes

El título de la obra alude a una comedia que en 1876 escribió Riccardo Selvatico, autor veneciano de gran popularidad en la época. Nono realizó la pintura algunos años después, durante sus excursiones a la región de Mogliano, en la zona de Véneto, donde vivía su hermano Alessandro. Tanto *I recini da festa* como *Ruth*, pintadas por la misma época, corresponden a estos viajes y fueron mostradas juntas en la Exposición Nacional de Venecia de 1887.

En esta obra la protagonista es una mujer que, vestida elegantemente para una fiesta, está colocándose un zarcillo; junto a ella, una criada la ayuda en la tarea. Detrás, por un largo camino de tierra, las familias avanzan rumbo a una iglesia, que aparece en el fondo, en perspectiva. Bajo un cielo gris se recorta el campanario medieval, construcción típica de estos poblados. A un lado de la mujer puede verse un cuenco roto abandonado en la tierra, y al otro costado, una parra que se extiende hacia el fondo, detrás del camino. En los personajes representados el artista demuestra su habilidad para pintar momentos singulares e íntimos. Las personas son sorprendidas en actividades simples, mientras caminan en familia, se arropan con una mantilla, se ponen un saco o guían amorosamente a una niña a través del camino.



CHARLES RAPP

Naturaleza muerta. Óleo sobre tela, 46 x 39 cm

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

En esta pequeña obra Rapp desarrolla algunas de las ideas básicas que guían toda su producción. Pinta una sencilla mesa donde distribuye una fruta, una botella de vino, un vaso y un pan, y al fondo, sobre una pared terrosa, puede verse una ventana (o un cuadro) donde asoma un paisaje. A partir de estos pocos elementos, el artista experimenta con el volumen y el color, representando los objetos con numerosas y notorias pinceladas. Para dotarlos de estructura, pinta las zonas oscuras con verdes, marrones y violetas, y las luces con tonos blancos y amarillos, deteniéndose también en los brillos de los cristales de la botella y el vaso. El mantel, si bien blanco, tiene además varios tonos de color que producen efectos de luz y sombra. Su interés por la perspectiva está presente en el pan, que se asoma al límite de la mesa. De este modo, Rapp ensaya con la forma, el volumen y el color, aspectos que desarrollará ampliamente en sus obras más características.



MAX SLEVOGT

La vendimia, 1911. Óleo sobre tela, 212 x 194 cm

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

En esta obra, Slevogt representó un paisaje rural trabajado por mujeres que recogen uvas y las guardan en canastas. Se trata probablemente de una obra realizada en una de sus excursiones a la zona de Neukastel, de las que se conservan varias telas. En esta pintura puede verse, en primer plano, una mujer que lleva un cesto sobre la cabeza, acompañada a los lados por un hombre y otra mujer. En el fondo, se aprecian el viñedo, las montañas agrisadas y un cielo claro. Slevogt coloca el óleo espeso, con abundante materia y a cierta velocidad. Las distintas tonalidades verdes y celestes están pintadas unas junto a otras, a partir de anchas pinceladas. Captura una escena, un momento particular –el de la cosecha de uvas–, pero también una atmósfera, una luz, una hora del día. Reúne de este modo dos ideas que le interesan y son recurrentes en su producción: el paisaje de su tierra, el Palatinado, y la pincelada, vibrante y cargada de color, propia del impresionismo de fin de siglo.



ALFREDO GRAMAJO GUTIÉRREZ

La Rioja y Catamarca, 1924. Témpera sobre cartón, 67 x 86 cm

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

Esta pintura pertenece a una serie de obras dedicadas a las provincias del Noroeste, en las cuales el artista describe el paisaje, la gente, el trabajo y los productos de la tierra. En este caso, la pintura señala la importancia del cultivo de la uva y la elaboración de vinos, como recursos de la economía regional.

Concibió la composición a partir de dos arcos de medio punto, como si fueran el pórtico de una iglesia, delineados en negro. En el centro de éstos, la imagen de la Virgen llevada en andas en un misachico –pequeña procesión característica de los pueblos del Noroeste Argentino– tutela las escenas. Sobre cada una, el artista escribió el nombre de las provincias, La Rioja y Catamarca. En ambos casos, una mujer y un hombre con sus típicos atuendos enmarcan la composición.

A la izquierda, en La Rioja, la uva y el vino aparecen como temas recurrentes, tanto en la canasta que porta la nativa como en los recipientes con vino que el hombre lleva en cada mano. En el centro, en primer plano, un par de tinajas, y, por detrás, los personajes –sentados junto a los frutos de la tierra, como en un característico mercado norteno– tienen como fondo el paisaje de cielo azulado y montañas.

Catamarca, a la derecha, es representada por una típica alfombra, con motivos geométricos y florales, sobre la que el artista presenta a una lugareña que sostiene en sus brazos coloridos textiles de la zona de Belén. El hombre, de espaldas al espectador, parece seguir la procesión de la Virgen del Valle, patrona de la provincia. En el centro se destaca una mujer que teje en el característico telar horizontal.



ALFREDO GRAMAJO GUTIÉRREZ

Fin de fiesta, 1926. Óleo sobre cartón, 46 x 106 cm

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

En este cuadro, el paisaje catamarqueño –cielo, árboles y montañas– se despliega a la manera de un telón horizontal que hace de fondo a los personajes, quienes, con paso lento y en silencio, regresan de una jornada de fiesta, con tinajas de vino ya vacías. En sus rostros adustos, el artista delinea los rasgos nativos. El grupo se desplaza de derecha a izquierda, y el contraste de colores de sus vestimentas sobre el cielo otorga ritmo a la escena. En el primerísimo plano aparecen los cactus y los perros pila, característicos del Noroeste Argentino, descritos con minuciosidad.

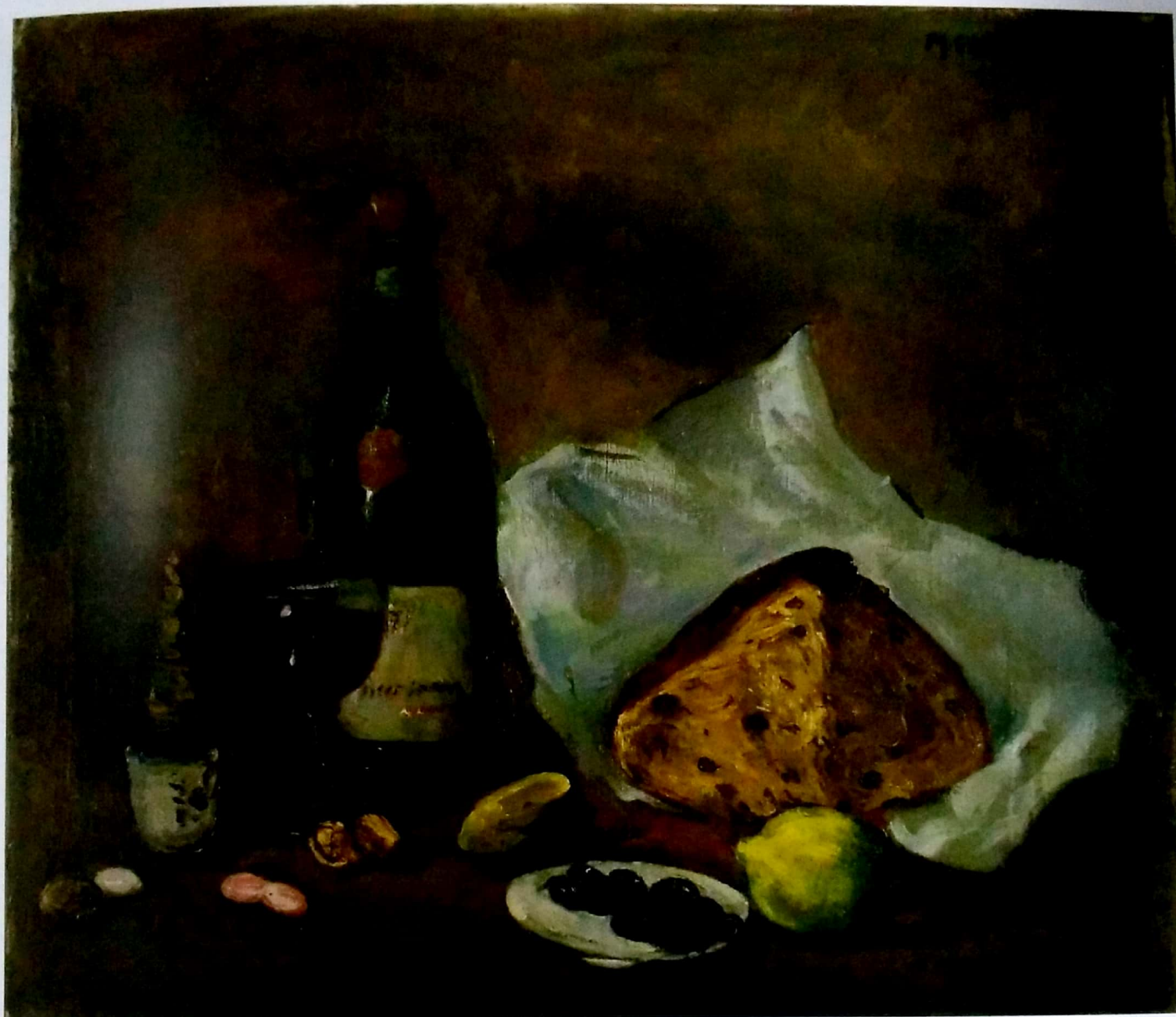


MARCOS TIGLIO

Uvas, 1943. Óleo sobre cartón, 37,5 x 43 cm

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

Es un pequeño óleo sobre cartón, sutil y despojado. Aquí Tiglio centró el interés sólo en las uvas y en las variaciones de verdes producidas por efecto de la luz. Las frutas parecen perder su corporeidad y se confunden con el fondo, también verdoso. La servilleta blanca y la mesa apenas se distinguen en medio de los efectos lumínicos y cromáticos. Con economía de medios, logró gran expresividad en una atmósfera lírica.



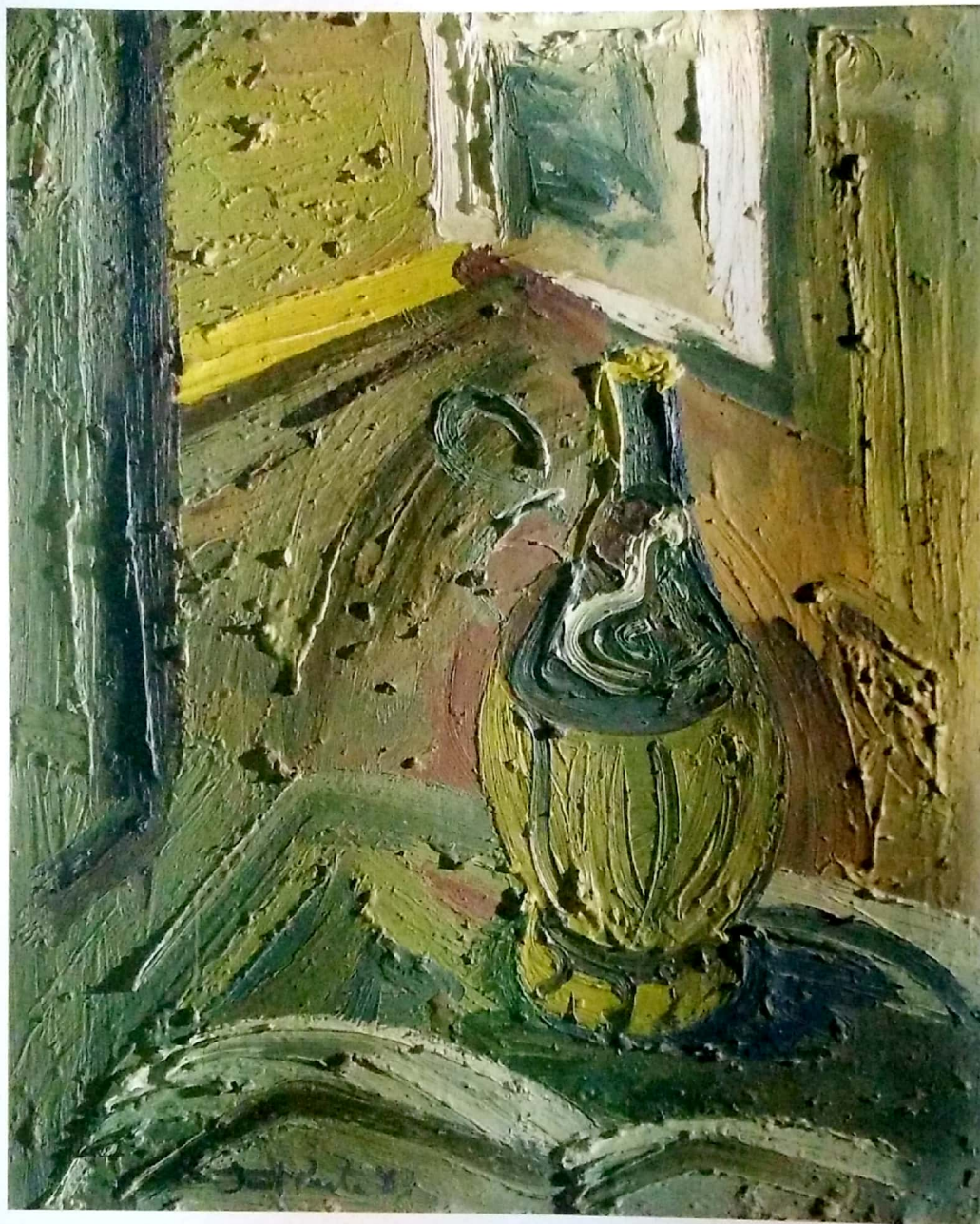
MIGUEL CARLOS VICTORICA

Navidad, 1941. Óleo sobre tela, 65 x 75 cm

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

En este óleo, como en muchas de sus obras donde se evidencia su proximidad con el simbolismo, exaltó la expresividad de los medios plásticos. Trabajó con una pincelada fluida y una paleta donde dominan marrones y grises. La luz marca acentos en reflejos y transparencias, como en la botella y la copa con el vino tinto, de un rojo intenso.

El vino, las frutas secas, el limón y el pan dulce recién abierto se presentan como un momento de un brindis íntimo y silencioso interrumpido por la mirada poética del artista, que apela al recuerdo y al sentimiento.



JUAN DEL PRETE

Naturaleza muerta, 1942. Óleo s/cartón, 61 x 51 cm

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

Las naturalezas muertas con motivos simples –como botellas de vino, platos y copas– ocupan la producción de Del Prete en los primeros años de la década de 1940, época a la que pertenece la obra expuesta. En ella, el artista utilizó abundante materia, ya que fue producida en el momento en que experimentaba con un tipo de pintura en pasta con aceite de lino sin diluir, medio que produce una textura gruesa y cierta opacidad de la superficie pictórica.

El rincón de un comedor y los objetos –la ventana, la copa, el botellón sobre la mesa– son el pretexto para trabajar con la materia, que el pintor aplicó con vigoroso empaste y pincelada amplia, modelando las formas con sensualidad.



HORACIO ALBERTO BUTLER

Bodegón. Óleo sobre hardboard, 35,5 x 45,8 cm

Colección Museo Nacional de Bellas Artes

Como en el caso de la obra de Juan Del Prete presente en esta exposición, los objetos representados en esta naturaleza muerta son pretextos para indagaciones plásticas alejadas del tratamiento realista imperante en el siglo XIX; aquí, Butler se expresó con un lenguaje sintético, compuso la imagen a partir del plano rebatido de la mesa y construyó los objetos con pinceladas amplias y evidentes. El juego de colores cálidos y fríos, interrumpido por los negros, grises y blancos, otorga ritmo a la composición. Sobre esta mesa de cocina, entre las verduras frescas preparadas para la elaboración de un sabroso caldo, el artista destacó la cotidianeidad de la sopera, el cucharón, las botellas y la cesta.

RESEÑAS BIOGRÁFICAS

ANÓNIMO / SEGUIDOR DE DAVID TENIERS, EL JOVEN
¿Fines del siglo XVIII?

Durante el siglo XVII, la pintura de los Países Bajos (Holanda y Bélgica) vio prosperar un género basado en escenas de la vida cotidiana, con un público ávido por adquirir este tipo de imágenes. Dentro de esta temática, las obras protagonizadas por campesinos en sus actividades diarias (especialmente en sus momentos de esparcimiento) fueron frecuentes. Los artistas solían pintar labriegos en interiores de sencillas casas o en tabernas, generalmente fumando o bebiendo y, en ocasiones, peleando o riendo grotescamente, de una manera que ronda lo vulgar. En general este tipo de obras tenía un trasfondo moralizante, ya que advertían al espectador que el deleite que producían los hábitos de beber o fumar y la vida libertina era fugaz y superficial.

David Teniers el Joven (Amberes, 1610 - Bruselas, 1690) fue un gran representante de este tipo de pintura. Artista reconocido, probablemente aprendió el oficio en el taller de su padre, pintor que llevaba su mismo nombre. Realizó centenares de obras en pequeño formato (actualmente en importantes museos del mundo) y llegó a tener una posición económica desahogada. Admitido por la nobleza, en 1651 fue nombrado pintor de cámara del archiduque Leopoldo Guillermo, gobernador de los Países Bajos; desde entonces se estableció en Bruselas. A causa de la popularidad de sus pinturas, Teniers tuvo numerosos imitadores entre sus contemporáneos y durante los siglos posteriores.

MANUEL BENEDITO VIVES
Valencia, 1875 - Madrid, 1963

Reconocido pintor valenciano, se formó en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos y posteriormente en el taller madrileño de Sorolla, quien lo consideró entre sus más destacados discípulos. Durante sus estancias en Madrid, Italia, Francia y Holanda estudió las obras de los grandes maestros y tomó apuntes, lo que le permitió ampliar sus conocimientos. De ahí su admiración por la pintura del Siglo de Oro y el realismo de flamencos y holandeses, que influyeron en su producción posterior.

Hacia la primera década del siglo XX fue muy requerido como retratista por la burguesía y la aristocracia madrileñas. Realizó

numerosas exposiciones y se hizo acreedor de importantes distinciones. En 1927 fue nombrado miembro de la Academia de San Fernando.

HORACIO ALBERTO BUTLER

Buenos Aires, 1897 - 1983

Pintor y escenógrafo, entre 1914 y 1919 cursó estudios en la Academia Nacional de Bellas Artes, donde tuvo como compañeros a Emilio Basaldúa y Aquiles Badi.

En 1922 emprendió un viaje a Europa, donde en sus estancias en Alemania y Francia le impactó la obra de Cézanne, Renoir y Van Gogh. En París, sus maestros André Lothe y Othon Friesz lo acercaron a los tratamientos derivados de la estética cubista y expresionista. Su permanencia en la capital francesa coincidió la de los artistas argentinos de la llamada Escuela de París, con quienes compartió inquietudes en torno a la recuperación del orden figurativo y compositivo de las obras, después de los planteos de las vanguardias de comienzos del siglo XX.

En 1924 comenzó a enviar sus obras al Salón Nacional. Junto con algunos de los miembros del grupo parisino, como Aquiles Badi, Héctor Basaldúa, Antonio Berni, Lino E. Spilimbergo y Pablo Curatella Manes, realizó su primera exposición en Amigos del Arte, en 1933.

EPAMINONDAS CHIAMA

Capraia, Italia, 1844 - Buenos Aires, 1921

En 1861 llegó a la Argentina, donde continuó —en Buenos Aires, con la dirección de L. Novaresse— los estudios de pintura iniciados en Génova y, también, se dedicó a la docencia en la Academia de la Asociación Estímulo de Bellas Artes.

Abordó los géneros del retrato, el bodegón y la temática religiosa; se especializó en las naturalezas muertas, tema con el cual alcanzó gran repercusión y, como consecuencia de su éxito, varios hoteles porteños le encargaron la decoración de sus comedores.

Expuso en la casa Corti y Francischelli en 1866, y en 1910 participó en la Exposición Internacional del Centenario.

SALVADOR CLEMENTE PÉREZ

Cádiz, 1859 - ? 1909

Pintor y reconocido docente, su taller sevillano fue muy concurrido y por él pasaron personajes como el escritor Juan Ramón Jiménez.

La obra de Salvador Clemente se inscribe en la transformación realista de la pintura costumbrista española, que comenzó a producirse hacia 1860, cuando los pintores se alejaron de la temática histórica. Desde entonces, e influidos por la pintura italiana que conocieron en exposiciones o en viajes a Italia, incorporaron en sus obras temas de la vida cotidiana y escenas con personajes del campo.

Las pinturas de Clemente, óleos de pequeño formato, describen pintorescas callejuelas y típicos balcones floridos o patios de casas sevillanas bañados por el intenso sol andaluz, que se insertan en la corriente realista lumínica de ese momento.

IGNACIO DE ZULOAGA

Eibar, Guipúzcoa, 1870 - Madrid, 1945

Artista vasco, fue uno de los más relevantes pintores españoles de finales del siglo XIX y principios del XX. En el taller guipuzcoano de su padre tuvo su primer contacto con el dibujo. Posteriormente, se trasladó a Madrid y allí concurrió al Museo del Prado, donde estudió la obra de los grandes maestros, completando su formación en Roma y París.

En 1890 establece un taller en Sevilla. En ese momento, manolas, toreros y gitanas aparecen como tema de sus pinturas.

La temática de sus obras se ha vinculado con el pensamiento de los intelectuales de la generación del 98, preocupados por definir la identidad hispánica.

Zuloaga mostró especial sensibilidad por la región de Castilla; de allí rescató antiguos aspectos, ahondando en su historia, sus paisajes, los tipos humanos y las costumbres. De esta manera se acercó a la espiritualidad y severidad del carácter de los pobladores castellanos.

Su obra alcanzó gran proyección. En 1898 gana la primera medalla de la IV Exposición de Bellas Artes e Industrias Artísticas de Barcelona y participa de muestras internacionales en

Europa y América, como la Exposición Internacional del Centenario realizada en Buenos Aires en 1910. En 1938 se le dedica la sala central del Pabellón de la Bienal de Venecia, al año siguiente expone en Londres, y en 1941 el Museo de Arte Moderno de Madrid organiza una gran exhibición individual.

JUAN DEL PRETE

Chiatti, Italia, 1897 - Buenos Aires, 1987

Se radicó en la Argentina con su familia en 1909 y se instalaron en el barrio de la Boca. El joven Del Prete cursó talleres de dibujo en la Academia Perugino y pintura en la Mutualidad de Estudiantes de Bellas Artes y en El Bermellón. En 1926 realizó su primera exposición individual en Amigos del Arte.

Se afincó en París en 1929 y allí se unió al grupo de Héctor Basaldúa, Horacio Butler, Antonio Berni y Lino Enea Spilimbergo. Poco después, se contactó con el grupo Abstraction-Création Art non Figuratif, integrado por Jean Arp, Franz Kupka y Georges Vantongerloo, entre otros.

En 1933 exhibe en Amigos del Arte pinturas y collages abstractos; a mediados de la década de 1930 pinta obras abstractas y, años más tarde, retoma la figuración; en los 50 trabaja dentro de la tendencia de la abstracción libre. En 1958 ganó el Premio Palanza, otorgado por la Academia Nacional de Bellas Artes.

Artista innovador, no conforme con sus trabajos, en muchas ocasiones terminó rompiéndolos.

JUAN MANUEL GAVAZZO BUCHARDO

Guauguaychú, 1888 - París, 1965

Las obras de Gavazzo Buchardo tienen al color como gran protagonista. Pintor y escultor nacido en Entre Ríos, se formó en Europa, en la Academia de San Fernando y en el taller de López Mezquita (ambos en Madrid), y en el estudio de Maurice Denis (París). Fue especialmente a través del contacto con éste que sus obras incorporaron características del arte moderno, al punto de que el artista declaró: "No puedo negar las incomparables enseñanzas que mi maestro me ha dado sobre el dominio de los colores y sobre los procedimientos téc-

nicos del oficio". Ya en la Argentina, se instaló en Guauguaychú, y abordó desde entonces numerosos géneros: paisajes, naturalezas muertas y retratos. Realizó frecuentes envíos a los Salones Nacionales y, también, participó en exposiciones de arte decorativo, desarrollando técnicas artesanales y modernos diseños. En los últimos años de su vida ejerció una ardua labor diplomática en diversos países, actividad que fue eclipsando sus trabajos como artista.

ALFREDO GRAMAJO GUTIÉRREZ

Monteagudo, Tucumán, 1893 - Buenos Aires, 1961

Cursó estudios en Buenos Aires, en la Escuela Nacional de Artes Decorativas, y continuó su formación en la Sociedad Estímulo de Bellas Artes. En 1917, se recibió de profesor de Dibujo en la Academia Nacional de Bellas Artes, donde tuvo como docentes a Pompeyo Boggio y Eugenio Daneri.

Realizó su primera exposición individual en 1921, en el salón de la Cooperativa Artística. Obtuvo numerosos premios nacionales e internacionales: segundo premio de Pintura, Salón Nacional de Bellas Artes, 1919; medalla de oro y diploma de honor, Exposición Iberoamericana, Sevilla 1928; gran premio de honor del Salón Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires, 1954, entre otros.

Lo nativo tuvo una importante presencia en la pintura argentina de comienzos del siglo XX, con la representación de paisajes, tipos humanos y costumbres locales. Estas imágenes, en el contexto del gran aluvión inmigratorio, se vinculan con la preocupación de la época por definir la identidad nacional y encontrar elementos y valores propios que lo hagan.

La obra de Gramajo Gutiérrez entronca con esta vertiente nativista. Conocedor del mundo andino y ancestral, plasma -con una mirada documental- los personajes locales en su entorno; los describe mientras participan en ferias y fiestas o caminan entre las calles sinuosas, con la típica arquitectura de los pueblos norteros, o están en medio del colorido e imponente paisaje de valles y quebradas. Esta minuciosa descripción responde a sus vivencias personales, que aun lejos de su Tucumán natal permanecieron en su recuerdo.

En la obra de Gramajo predominan el dibujo de línea cerrada, la concepción del espacio y el uso de los colores vibrantes, próxi-

mos a las producciones populares y al gusto decorativo del art déco, elementos con los cuales logra atmósferas atemporales.

FRANCESCO MOSSO

Turin, 1848 - Rivalta, 1877

La región piamontesa inició un período de expansión a partir de 1871, cuando se abrió el túnel ferroviario de Mont Cenis (Frejus), que permitió unir las ciudades de Turín y París en sólo dieciocho horas. Desde entonces, el intercambio comercial, científico y cultural de esta región de Italia con la capital francesa fue intenso. Era habitual que los artistas piamonteses viajaran a la Ciudad Luz, donde frecuentaban talleres de pintores, tertulias y exposiciones. Estos contactos incentivaron la renovación estética de la escuela piamontesa.

El grupo más famoso fue el de los rivariani, reunidos en las localidades de Canevise y Rivara, que abrieron el camino a tendencias próximas al realismo, al estudio del natural y la pintura al aire libre. En las salidas al campo piamontés o de la zona de Liguria experimentaron las posibilidades de la pintura en contacto con la naturaleza.

Francesco Mosso fue uno de los representantes de este grupo. En su corta vida, abordó los géneros del paisaje, el retrato y la escena de costumbres. Sus obras se encuentran en colecciones particulares y museos como la Galería de Arte Moderno de Turín y la Colección Killka en la Argentina.

ARTURO NEMBRINI GONZAGA

Italia ? - ?

Pintor y escultor italiano, Arturo Nembrini Gonzaga realizó, sin embargo, gran parte de su producción en la provincia de Córdoba, Argentina, lugar en donde se radicó hacia 1887. Desde entonces, su obra adquirió gran visibilidad, ya que efectuó pintura mural para importantes edificios de la región. Decoró dos construcciones levantadas por el ingeniero y arquitecto italiano Francisco Tamburini: el Banco de la Provincia (1887-1889) y el Teatro Rivera Indarte (hoy Teatro Libertador General San Martín, 1887-1891). Para el primero pintó los frescos del Salón Central y

los del friso del Salón de Acuerdos, con diferentes paisajes (de la región e imaginarios). Asimismo, decoró algunas estancias del Teatro –incluidos cielorrasos, paredes interiores y puertas– con estilos antiguos, realizando también las esculturas que se ubicaron en el frente y en el interior del edificio. Además de estos trabajos, Nembrini decoró algunas viviendas particulares, entre las que se destaca el fresco que realizó para la mansión del entonces gobernador Marcos Juárez.

LUIGI NONO

Fusina, 1850 - Venecia, 1918

Los paisajes pintados por Luigi Nono tienen como trasfondo la región noreste de Italia. Nacido en 1850 en Fusina, cerca de Venecia, su familia se trasladó al año siguiente a la ciudad de Sacile, en la región Friuli-Venezia Giulia, donde el artista transcurrió su infancia y su juventud. Allí manifestó precozmente su aptitud para el dibujo, por lo que el padre decidió inscribirlo, en 1865, en la Academia de Bellas Artes de Venecia. Durante su aprendizaje académico, a cargo del profesor Popeo Molmenti, adquirió las herramientas de la pintura de historia y trabajó con reconocidos artistas de la talla de Giacomo Favretto. Sin embargo, en la década de 1870 comenzó a abandonar algunas de las fórmulas académicas aprendidas, volcándose a la pintura del natural. Si bien se destacó por sus retratos y pinturas de género (expuso estas obras en ciudades como Venecia o París), fue en la zona de Friuli-Venezia Giulia y en la región del Véneto donde encontró motivos y vistas para su pintura de paisaje, resultando la naturaleza la inspiradora de sus mejores obras. Un viaje a Francia en 1873 lo afirmó en esta tendencia. En contacto con la modalidad de trabajo de la Escuela de Barbizon, trasladó el interés de estos artistas por la pintura al aire libre a suelo italiano. Recorrió la campiña, sus zonas agrestes, las cosechas y sus poblados, pintando a distintas horas las actividades diarias de los lugareños, sus trabajos y, también, los momentos de ocio. Representó hombres con sus ropas de faena, mujeres bajo el sol abrasador o parejas realizando románticos paseos en bote. Estas escenas le sirvieron para estudiar los efectos de la luz y de la sombra sobre la naturaleza, abordando las tonalidades del sol del mediodía o el color de las frías tardes de lluvia.

En algunos casos, la vastedad de sus paisajes deja a los personajes en una situación de aislamiento y soledad. Pero en otras obras, las figuras y sus actividades se vuelven el motivo principal de la composición, evidenciando que para el artista el territorio que pinta está entrañablemente unido a aquellos que lo habitan. Entre montes y arboledas, Nono distribuye –bajo cielos quietos o tormentosos– caminos de tierra, casas de cal o antiguos campanarios. Alejado de la ciudad moderna, que a fines del siglo XIX se multiplica por Europa, Nono pinta los pueblos detenidos en el tiempo, que forman parte de su propia historia.

FEDERICO PEREDA GIL MACHON

Valle de Mena, Burgos, 1849-1907

Pintor castellano de la segunda mitad del siglo XIX, centró su producción en el género del paisaje y la figura humana. Se formó en el taller de Knaus, en París. En esa ciudad participó en la Exposición Universal de 1878, donde presentó varios de sus paisajes. En Madrid, exhibió sus obras en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes entre 1881 y 1906, año en el que obtuvo una mención honorífica.

CHARLES RAPP

Brunoy, Essonne, 1883 - ?

La obra de Charles Rapp se desarrolló en el contexto parisino. Nacido en Brunoy, Essonne (en la región Isla de Francia), realizó sus estudios de pintura con Jean-Paul Laurens, reconocido pintor de historia y maestro de artistas, que arribaban de distintos puntos del mundo para formarse en su taller. Allí adquirió las técnicas compositivas y el uso académico del color; sin embargo, su obra también tomó características de los movimientos artísticos más innovadores que se desarrollaban contemporáneamente en París, a finales del siglo XIX y principios del XX. De ellos tomó el color vibrante y las figuras construidas a partir de estructuras sólidas y volumétricas. Pintó obras de estas características, que pudieron verse en importantes espacios de exhibición de París, como el Salón de los Artistas Franceses, a partir de 1914, y el Salón de los Independientes, desde 1925.

ROMÀ RIBERA I CIRERA

Barcelona, 1848-1935

Pintor realista de escenas de género y retratos, trabajó también como ilustrador. Estudió en la Academia de Bellas Artes de Barcelona, y en Roma fue alumno de la Academia Chigi. Durante su formación recibió la influencia de la pintura de género costumbrista de Mariano Fortuny.

Participó en la Exposición Universal de Barcelona de 1888 y en la Exposición Universal de París de 1889 también, realizó numerosas muestras individuales en galerías madrileñas y fue uno de los artistas preferidos por la alta sociedad barcelonesa y por comitentes franceses.

SEVERO RODRÍGUEZ ETCHART

Buenos Aires, 1865-1903

Recibió las primeras nociones de dibujo en Buenos Aires con los artistas extranjeros Ernest Charton y José Aguyari y, hacia 1878, estudió con Francisco Romero en la Academia de la Asociación Estímulo de Bellas Artes. Al año siguiente viajó a Europa, donde, en Turín, se inscribió en la Academia Albertiana y tomó clases con Andrea Gastaldi. Más tarde, en París, tuvo como maestros a los académicos William Bouguereau y Tony Robert Fleury.

Abordó el género del retrato, el desnudo, el paisaje, la naturaleza muerta y las escenas de género. Participó en el Salón de París de 1899, con la obra Interior marroquí, y en Buenos Aires expuso en la Casa Bossi.

MAX SLEVOGT

Landshut, Bavaria, 1868 - Neukastel, 1932

Max Slevogt fue uno de los impresionistas alemanes más reconocidos de su época. Nacido en Bavaria en 1868, residió durante su infancia y adolescencia en Würzburg, realizando viajes frecuentes a Neukastel, en el estado alemán de Renania-Palatinado, donde su madre tenía familiares y amigos. En 1885 inició sus estudios de pintura en la Academia de Bellas Artes de Munich y en 1889 pasó una temporada en la Academia Julian,

de París. A partir de entonces, sus obras adquirieron las características del impresionismo francés.

Asentado en Berlín desde 1901, continuó, sin embargo, pasando temporadas de verano en Renania-Palatinado, especialmente en Neukastel, donde realizaba numerosas excursiones a los alrededores, pintando al aire libre las vistas del lugar. Slevogt supo capturar en sus pinturas la luz que envuelve este paisaje regado de cursos de agua, montañas, extensas plantaciones y antiguas villas. Representó a la burguesía en sus habituales picnics y a los labriegos, hombres y mujeres, cosechando los viñedos que recorren este entorno natural de gran belleza. Las imágenes, realizadas a partir de trazos rápidos, claros y brillantes, reflejan su adhesión al estilo del impresionismo, al que Slevogt agregó, sin embargo, un sello propio y personal ligado al territorio en el que transcurrió parte de su vida.

MARCOS TIGLIO

Buenos Aires, 1903-1976

Estudió en la Escuela Nacional de Bellas Artes, donde tuvo como maestros a Emilio Centurión y Jorge Larco; envió sus trabajos al Salón Nacional desde 1929 y en 1935 realizó su primera exposición individual en la galería Nordiska.

Importantes galerías porteñas –como Peuser, en 1946, y Witcomb, en 1951– expusieron sus obras; asimismo, fue invitado a participar en muestras colectivas en Chile y Brasil. Ganó el segundo premio del Salón Nacional en 1963, año en que el Museo de Arte Moderno de Buenos Aires organizó una exposición retrospectiva de su obra

MIGUEL CARLOS VICTORICA

Buenos Aires, 1884-1955

En 1901 ingresó a la Academia de la Sociedad Estímulo de Bellas Artes, donde tuvo como maestros a Ángel Della Valle, Eduardo Sívori y Ernesto De la Cárcova.

Becado, viajó a Europa en 1911. En París estudió con el pintor intimista Désiré Lucas y se interesó por la pintura simbolista, la del grupo Nabi. Estas influencias, junto con la obra de Eugène

Carrière y Vuillard, fueron decisivas en la producción posterior del artista.

A su regreso a Buenos Aires se estableció en el barrio de la Boca, cosa que también hicieron Víctor Cúnsolo, Fortunato Lacámara y Benito Quinquela Martín, entre otros; por ello, este grupo de artistas, que encontró inspiración en este barrio portuario, es conocido como el Grupo de la Boca.

Victorica, sin desdeñar el paisaje del barrio, pero consecuentemente con su especial sensibilidad, prefirió las escenas de interior. Retratos, desnudos y naturalezas muertas de carácter intimista pueblan su producción.

Realizó su primera exposición individual en 1931 y, diez años más tarde, obtuvo el gran premio de honor del Salón Nacional.

